

ELECO DE CARTAGENA.

Martes 5 de Octubre de 1880.

MEJORAS LOCALES.

—o—
VII.

Interrumpo hoy el plan que me propuse en la serie de mis observaciones crítico-locales, siquiera sea para dar las gracias al Sr. Washington por su conformidad con mis proyectos de ornato, si bien veo que disiente en el punto, digámoslo así, de arranque; pues mientras que yo opino que debe empezarse por el derribo de las murallas, él considera, como necesidad más inmediata, lo sea por el del Molinete.

Si esto pudiera tomarse aquí como accesorio, nada tendría que objetar en términos de divergencia; pero como para mí constituye la parte más principal, no se estrañe el amigo Washington de mi insistencia en pedir uno y otro día, ante todo y sobre todo, la demolición de las murallas; la del Molinete, por sí sola, convézase, no puede darnos un palmo más de terreno, de consiguiendo todo lo que intentemos intramuros, ni puede llenar la necesidad que hoy sentimos, ni había de dar mayor importancia a Cartagena; siempre tendríamos el círculo de piedra a las narices.

No es que yo quiera buscar el dualismo, ni que pretenda, en humos de vanidad, sostener mi opinión por solo el hecho de ser mía; se trata de intereses patrióticos y de tamaño monta, para que no subyugase a ellos los bríos del amor propio; pero si se piensa detenidamente en las razones que les sirven de fundamento, ha de verse en ellas una base más sólida y más amplia al desarrollo del ideal del Sr. Washington, que es también el mio, aunque con alguna diferencia en su aplicación práctica, según ha podido ver por mi último artículo; y hasta más segura. Si el Molinete se allanara antes de pedir el derribo de las murallas, el ideal de la ampliación perdería mucho, siquiera fuese aparentemente, en el interés de la necesidad; y lo que hoy se presenta difícil de conseguir, mañana se haría imposible de realizar.

Por otra parte las opiniones lanzadas a las columnas de un periódico, son llamamientos a que el público responda con más ó menos benevolencia; que acepta ó deja de aceptar, según le place, ó mejor le aconsejan su manera de ver las cosas. Así por ejemplo, vemos una parte de la población, la más pequeña ciertamente, que no está por el derribo de las murallas, por temor de que venga el moro Muza y se nos cuele sin sentir; y no ha faltado quien evoque el recuerdo de los franceses

el año veintitres, olvidándose por completo del *Canion*; otros que quisieran ver abatidos hasta los castillos; y entre unos y otros, quienes están por ensanche y nuevas murallas; quienes por fuertes avanzados, quienes en fin, por que queden las cosas en su lugar y pedir la ampliación dentro de la zona táctica, cual ha acontecido en Amberes, plaza fuerte de la Bélgica, y en España con la de Tarragona, que aun conserva, atravesando la población, su antigua muralla ¿Como conciliar, aquí tan encontradas opiniones?

Solo en una cosa están unánimes todos los pareceres: en la ampliación, esto es lo esencial, lo que todos queremos a impulsos de una necesidad, cada día más creciente; pero ¿como contentar a todos en la forma de realizarla? yo no veo otro medio, que llevar la línea fortificada lo más lejos posible. De este modo los timoratos que quieren vivir encerrados quedarían tranquilos, y el ramo de guerra, a la vez, satisfecho de la conservación de una plaza de primer orden; y hé aquí también la mejor solución a los temores que manifiesta el señor Washington por la rambla de Benipila. Solo queda por complacer a los antimurallistas; y la verdad es que no encuentro término medio entre las encontradas exigencias de los unos y de los otros, como no fuera la adopción de fuertes avanzados en la línea de circunvalación. Pero esto es asunto para tratarlo después; lo que urge, lo que conviene desde luego y antes que todo, es la demolición de las actuales murallas en la extensión que tengo propuesto.

No hay para que repetir aquí las razones de mi disentiendo en este punto frente a la opinión del señor Washington; pero si añadiré, que aun suponiendo que los desalojados del Molinete pudieran encontrar módicas viviendas en el espacio allanado, no creo que las operaciones de desmonte fueran de tal manera gradual y paulatina que permitiera demoler y edificar a un mismo tiempo; de lo que resultaría que esas tres mil almas que viven en aquellas alturas, hoy unas, otras mañana, tendrían que mudar de domicilio desde los primeros barrenos; porque no hay que hacerse ilusiones, el Molinete no es un monte de tierra como el Sr. Washington cree, juzgando tal vez por la profunda capa de ella que lo cubre, efecto de las diversas poblaciones que allí se han sucedido; la naturaleza de su composición es laja fuerte en lo general, con vetas más ó menos francas semejantes a las del corte de la nueva calle.

Es verdad que el almarjal para poder ser habitable sin peligro para la salud, necesita que se le prepare levantando su suelo, como necesario

es también a un buen plan de nivelación; pero ¿no pudiera empezarse a rellenar con los escombros y tierras que forman los malecones de las murallas? Nada más a mano para dar principio; lo demás se completaría después con los productos del desmonte.

Por otra parte, si se acepta mi proposición sobre el destino del área desocupada, tendremos una razón más que reclama la habilitación, de una parte siguiera, del almajar, antes de emprender la demolición del Molinete, donde puedan irse levantando nuevos albergues para los desalojados; y sería el principio de la nueva población que arrancara de la misma línea donde concluye la actual. Y aquí se me ocurre preguntar ¿no ofrecería mayores ventajas para el Ayuntamiento dar la propiedad del Almajar a cambio del allanamiento del Molinete? De todos modos el proyecto merece estudiarse en todas sus fases; y si es que hay fé y valor para acometerlo ¿a qué se espera? El Municipio, por razón natural es el llamado a dar la iniciativa: la Sociedad de Amigos del país debe secundarle; nuestros representantes en Cortes, la posición y la influencia; todo lo que dentro de estos muros tenga alguna significación moral ó política, todos los que aquí nacimos, cuantos nos honramos de ello y ambicionamos el bienestar y engrandecimiento de nuestra ciudad querida, cada cual en la proporción de sus fuerzas, en la medida de sus facultades, debemos unirnos en acción cooperativa para pedir sin tregua ni descanso, y trabajar hasta obtener lo que no debe ni puede negarse en buenos principios políticos y económicos a un pueblo que quiere ser grande por que tiene virtud, elementos y vida para serlo. De esperar es por tanto que el gobierno avega a la concesión de lo que con tanta justicia se demanda, porque no hay modo ni razón para que a ese pueblo que ya no cabe dentro de sí mismo, y que solo quiere la vida de la paz y del trabajo, siga por más tiempo condenado a vivir en la estrecha cárcel que le oprime.

El inquilino, cuando ve aumentar-se su familia, muda de casa; las grandes agrupaciones de la civilización, las colectividades sociales, cuando hayan pequeña la suya, no es cosa de abatir tiendas cual las tribus nómadas; abajo, pues, las murallas; fuera esa valla que limita y empuja nuestra esfera de acción; paso a la necesidad y al progreso material; paso al espíritu de la época; paso a la razón y al derecho.

MANUEL GONZALEZ.

(Se continuará.)

TEATROS DE MADRID.

—o—

Heliodora ó el amor enamorado es el título de la obra póstuma de Hartzembusch estrenada en el teatro Apolo. Arrieta, es el autor de la música y el maestro Vazquez quien dirige.

Heliodora ha sido puesta en escena con todo lujo. Magníficas decoraciones, preciosos trajes y una ejecución esmeradísima por parte de los actores. Los nombres de Hartzembusch y Arrieta garantizaban el éxito y con efecto el público aplaude, el teatro sigue concurrido y la obra gusta cada día más, aun cuando no dará grandes utilidades a la empresa. El asunto mitológico que sirvió al Sr. Hartzembusch para su obra, es precioso, y el desarrollo y la trama del argumento admirablemente combinados: la versificación fácil y correcta y los chistes que pone el autor, en boca de Telefon, sacristan del templo de Venus, son de primer orden.

Ayer tarde se puso de este Teatro la magnífica zarzuela *Jugar con fuego*. La Soler-di-Franco estuvo admirable y el público saboreó tan deliciosa obra no representada hace bastante tiempo. La orquesta la dirigió el maestro Reparaz.

En el Teatro Español se ha verificado una verdadera solemnidad literaria en honor de D. Juan Eugenio Hartzembusch. *La Jura en Santa Gadea*, fué la otra elegida y si la empresa y el público quisieron honrar la memoria del ilustre vate, los actores no estuvieron a la altura que era de esperar. Vico fué el único que dijo algunas frases con notable verdad.

Algunos entusiastas de esta obra recordaban con gusto cuando se puso en escena en el mismo coliseo por D. Pedro Delgado y la Teodora, haciendo comparaciones poco favorables a los actores que forman la compañía del Español. Quizás en esta misma semana se verifique el estreno del *Coronel Estéban* última producción del Sr. Echevarria.

En la Alhambra continúa Arderius con su compañía de zarzuela cómica. *El Barberillo de Lavapiés* fué puesto en escena muy a la lijera. La novedad presentada esta semana ha sido un cuarteto de jóvenes suecas que al empezar sus cantos hicieron prorrampir al público en una carcajada. Siguió la risa en los espectadores y ellas, hechas unas verdaderas suecas, siguieron cantando hasta terminar. También prepara Arderius obras nuevas y de espectáculo que deseamos le proporcionen más honra y más provecho que las puestas hasta ahora en escena.

Los demás Teatros siguen bastante concurridos. El Real abrirá mañana sus puertas con el *Roberto*. Conociendo a los artistas que en él han de tomar parte no es aventurado suponer que la obra se cantará admirablemente, valiendo muchos aplausos a la compañía.

En Lara tendrá lugar en breve el estreno de *Picame Pedro*, obra escrita para la Valverde y Romea.

Jovellanos publicó la lista de su compañía pero todavía no ha empezado a funcionar.

En Apolo se prepara una obra cómica de Pina y otra de Zapata. También parece que ha sido admitida una de gran espectáculo titulada *En el Polo Norte*.